

**ESCUCHA TUS MANOS**

La llegada de Adrián al pueblo de Mirtoix, era la única noticia de interés desde que habían llegado las primeras nieves. Como de costumbre, todos los habitantes de la villa se entregaron a los rumores sobre quién sabía más, quién conocía el motivo, quién había oído algo..., que justificase la presencia en el pueblo de aquel joven de rasgos enérgicos, pero amables. Su corpulencia, su forma de vestir; todo fue analizado por los vecinos a la hora de establecer sus teorías sobre el motivo de la llegada al pueblo de aquel extraño al que únicamente acompañaba una maleta como equipaje.

El cochero que lo había traído tampoco pudo dar mucha más información, una vez que el joven se hubo alejado. El pobre, sordomudo de nacimiento, cuando era interrogado por los vecinos, se limitaba a hacer multitud de gestos que, pese a su innegable dinamismo, sus interlocutores no llegaban a comprender.

La tarde estaba ya avanzada, así que Adrián se dirigió hacia un grupo de mujeres que estaban junto a la fuente y les preguntó por algún lugar donde poder alojarse. Eso en Mirtoix era una elección cerrada; la taberna compartía también las funciones de alojamiento y casa de comidas.

La incógnita sobre el motivo de la llegada de aquel forastero al pueblo quedó despejada a la hora de la cena. Y, para decepción de los habitantes de Mirtoix, no coincidía con ninguna de las muchas teorías, 'perfectamente fundamentadas' que a esa hora ya corrían por el pueblo: un prófugo de la justicia, un descendiente de una familia fallecida años atrás en un incendio, un buscador de plata... Adrián preguntó al tabernero por un monasterio situado en las cercanías del pueblo; el Monasterio de Serlis. Al parecer, había sido contratado unas semanas antes por un monje para reparar la escalera de acceso al campanario.

Desde que empezó a ejercer como maestro carpintero, la vida de Adrián se había convertido en un continuo viaje, perfilado éste por los trabajos para los que era contratado. Seis meses en la restauración del retablo de la capilla de Lurbel, dos años para completar la sillería del coro de la Catedral de Lanson, ocho semanas en la creación del mobiliario completo para la biblioteca del Conde de Ormaz... Su trabajo era conocido y respetado, así que nunca faltaba quien requiriese su presencia. Pero no todo eran importantes y delicados trabajos. De vez en cuando, y éste era el caso del Monasterio de Serlis, surgían pequeños y sencillos encargos que

Adrián aceptaba con idéntico respeto y entrega al de las obras de gran entidad.

Eran pocos los visitantes que accedían al Monasterio de Serlis durante los meses de invierno. A decir verdad, tampoco eran muchos más los que lo hacían durante el resto del año. Años atrás el monasterio había sido un importante punto de referencia dentro de la vida de la comarca. Los habitantes de los alrededores se reunían allí en dos fechas señaladas: el 15 de mayo y el 6 de octubre. Celebraban esos días los oficios religiosos y hablaban sobre las novedades acontecidas en sus vidas. Además, y aprovechando que el monasterio estaba situado en el centro de la comarca, también solía celebrarse un pequeño mercado mensualmente. El sonido de la campana que, a pesar de la lejanía, llegaba hasta el último de los pueblos del valle siempre anunciaba alguno de estos acontecimientos. La alegría que se respiraba durante aquellos días era algo que contagiaba a todo el mundo. Y también a los monjes, que pese a su rígida disciplina de trabajo interior esperaban esos días de contacto mundano con respetuoso anhelo.

Pero en apenas una generación todo fue cambiando lentamente. Los monjes cada vez eran menos, lo que hacía que apenas si llegaban a cubrir las labores necesarias en el interior del monasterio. La enorme pradera donde se celebraba el mercado fue siendo invadida por la maleza. Y cuando los lugareños necesitaban comprar algo, les era más cómodo acudir a uno u otro pueblo que esperar a la celebración del mercado del monasterio, cada vez más desabastecido. Las donaciones al monasterio fueron disminuyendo y los monjes no tenían suficientes recursos para el mantenimiento del edificio. La campana del monasterio hacía ya años que no sonaba, pues no había ningún acontecimiento que celebrar. Todo fue sucediendo a la lenta pero implacable velocidad que marca el olvido.

La mañana del día siguiente a la llegada de Adrián a Mirtoix, gélida como pocas, invitaba a pocos desplazamientos. Aún así, el joven carpintero decidió ponerse temprano en camino hacia el monasterio. En el pueblo le habían dicho que tenía poco más de dos horas de viaje. El camino serpenteaba por una ladera boscosa y no ofrecía dudas a la hora de seguirlo. Mientras caminaba por el silencioso y desnudo bosque, un profundo sentimiento de soledad se iba apoderando de Adrián. La